

IMPRIMIR

**A TRAVÉS DEL GRAN CHACO HACIA
SANTA CRUZ**

THEODOR HERZOG

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

En San José vendimos un par de mulas y de este modo nuestra tropa se redujo a catorce animales, entre ellos seis destinados a cabalgadura. Tres peones podían encargarse fácilmente del transporte de ocho bultos y lo demás se ubicó sobre una carreta tirada por bueyes. Así, todo volvió a encarrilarse y bastante aliviados, el 14 de junio pudimos partir hacia Santa Cruz.

Los dos primeros días de viaje, seis leguas hasta Piococa otras siete hasta Equitos, no ofrecieron nada nuevo en cuanto al paisaje, y para colmo de males la atmósfera gris y brumosa no permitía ninguna vista de la lejanía en las escasas zonas libres de bosques. En cambio, desde el punto de vista de la botánica pudimos hacer notables observaciones. Así, la primera aparición del quebracho blanco antes de Piococa y la típica formación del monte con sus numerosas cactáceas suculentas, entre ellas los céreos y las palmeras enanas espinosas. Deseo establecer una relación entre la extensión de esta formación vegetal del Gran Chaco, allí, al norte de la cadena transversal de Chiquitos, divisoria de la flora, y el cruce del río Quirnome que realizamos al segundo día. Estaba casi seco, como es característico en esa estación, de manera que no nos vimos obligados a pasar por el puente semidestruido. Desde el punto de vista geográfico, el Quirnome es un río interesante. A pesar de su nacimiento, bastante al sud de la Cordillera, no vierte sus aguas en el río Pilcomayo o directamente en el río Paraguay, sino se vuelca en las llanuras de Izozo (la parte occidental de la zona norte del Gran Chaco) después de cruzar las cadenas marginales de la Cordillera. Su curso sigue allí paulatinamente dirección al norte y por último atraviesa la cadena de arenisca de San José, continuación de la serranía de Santiago. Se reúne allí con varios ríos del Chiquitos occidental y forma con ellos el río San Miguel (también llamado río Magdalca y río Itonamas) que con dirección noroeste va a desembocar en el río Itenes o Guaporé y de este modo al Amazonas. En la estación seca, la cuenca del río San Miguel se limita a los afluentes chiquitanos y el más importante de ellos es el Zapocós que viene del este, pues en esa época del año, el río Parapití (así se llama el río en su origen en la Cordillera)

no logra atravesar las planicies arenosas de Izozo. Se va perdiendo en el camino por infiltración en el terreno poroso y, como consecuencia, el tramo de comunicación hacia el norte, o sea el río Quimome, queda seco. En estas circunstancias, sería muy raro que el río pudiera atravesarla cadena que se levanta a unos ciento cincuenta metros de la planicie. Se ignora si hubo algunos fenómenos tectónicos que hayan condicionado ese curso. Tampoco se sabe aún si en la época de lluvias el río tiene quizá un segundo afluente, proveniente de los terrenos inundados de la cuenca de Izozo. Lo que hay al este de Izozo es y será tal vez por mucho tiempo terra incognita, pues los indígenas se niegan a acompañar a las expediciones explotadoras. Otra dificultad consiste en que dada la gran pobreza de agua del país, se debe depender de las pocas aguadas que por el mismo motivo están en manos de los indios salvajes. Hasta ahora, no ha sido posible viajar con cargadores por el este de Bolivia, ya que no se consigue reunir tantos hombres. Ahora bien, si se deben emplear animales para el transporte de la carga, el problema del agua se agiganta. Los indios acostumbran robar o desbandarlos animales durante la noche ya que se los debe dejar pastar libremente. Al menos, las expediciones tuvieron frecuentes experiencias en este sentido en el Chaco argentino e internarse bastante en el territorio era lo mismo que aniquilar toda la tropa.

Cerca de Equitos encontramos un gran palmar de Copernicia cerifera, la palmera carandá, el primero desde el río Paraguay. Esta palmera crece en los terrenos que se anegan en la época de las lluvias. Su área de extensión comprende al norte hasta la olla de la laguna Concepción que dio origen a la leyenda del río que fluye alternadamente de este a oeste y viceversa. Ya en Buenos Aires, nos hablaron del informe sobre este río de Guillermo Velasco, un sabihondo ignorante. Sin embargo, pronto se estableció la verdadera naturaleza de la cosa.

Por cierto, no se puede reprochar al hombre por semejante invención, pero sí por su frondosa fantasía capaz de trastocarlas cosas más sencillas en algo que escapa de lo natural. En la estación lluviosa, el nivel de la laguna Concepción se eleva por la crecida del caudal del Quimome que anega vastas extensiones del terreno casi horizontal.

Cuando el lecho del río se seca rápidamente, el exceso de agua de la laguna vuelve a refluir hacia el río a través de un corto brazo que los une y en un tramo del lecho horizontal la corriente es ascendente. He aquí la sencilla explicación del enigma.

El tercer día de cabalgata, por cierto muy corto, nos condujo de Equitos a los comienzos de la enorme planicie de Monte Grande, pasando por el famoso Cerro, es decir, la cadena montañosa, donde las carretas de bueyes suelen quedar semanas enteras inmovilizadas por rotura de ruedas o ejes. Esta dilatada depresión comunica el Gran Chaco septentrional con las sabanas de la planicie de Mojos en el Norte. Desde la pequeña población de Motacucito, al pie de los cerros, hasta la orilla del río Grande media una distancia de 160 kilómetros. Hace tiempo, era una región completamente deshabitada. En ella se padece en forma constante las molestias de la falta de agua en las temporadas de sequía y en la estación lluviosa en total empantanamiento y a veces inundaciones. Ambos fenómenos, cuando son extremos, pueden interrumpir por largo tiempo el transporte de carretas. A esto se ha sumado recientemente el peligro de ser blanco de las flechas de los indios salvajes, emboscados en la espesura. En otros tiempos, este tramo pasaba por ser bastante seguro, aun cuando los viajeros solieran tropezar aquí y allá con los indios. Sin embargo, los encuentros eran siempre pacíficos hasta que hubo provocaciones por parte de los blancos, quizá por tanto miedo o por brutalidad. Indios indefensos fueron muertos a balazos y desde ese momento comenzaron las hostilidades. Ahora bien, los indios no acechan constantemente en el camino para cometer actos de venganza, pues aun cuando no son numerosos, les resultaría fácil paralizar la circulación, porque al atacar desde sus emboscadas pueden aniquilar al enemigo sin exponerse a peligro alguno, pero no lo hacen. En cambio, cuando sus cacerías los hacen salir al camino y descubren por casualidad un blanco aprovechan gustosos la oportunidad para dispararles una flecha a manera de saludo. Pero de acuerdo con seis experiencias, el blanco les debe parecer un ser abominable. Desde hace algunos años, el gobierno destacó piquetes de unos siete soldados cada uno en puestos situados a 30 o 35 kilómetros de distancia para la defen-

sa del camino de Monte Grande, pero los resultados fueron más bien negativos, ya que los soldados, en su mayoría individuos brutales, sólo contribuyeron a aumentar la hostilidad, sin ofrecer una verdadera protección. Así, poco antes de nuestra llegada al primer puesto, el fortín Guarayos, ocurrió que un indio desarmado que había osado pisar la zona de desmonte entre las chozas de los soldados y, con los brazos cruzados, pretendía al parecer demostrar sus intenciones pacíficas, fue muerto a tiros por un soldado. La gente de la guarnición alardeó ante nosotros de semejante asesinato y no podía comprender que condenáramos su acción. No es de extrañar pues que estos destacamentos consiguieran el efecto contrario al que se pretendía. íbamos a cerciorarnos personalmente de la peligrosidad de ese camino. Ya antes de llegar al fortín Guarayos nos encontramos con viajeros que exhibieron como prueba de su encuentro con los indios, algunas flechas atadas a las monturas. Habían sido aprendidos en la proximidad del río Grande. Al parecer, nos aguardaban ciertas experiencias y los indios activaron nuestra imaginación. A ella atribuyo el ciego pavor que me causó al día siguiente, en un bosquecillo, la rama florida de un arbusto, mecida suavemente por la brisa. Me había alejado un cuarto de hora del fortín sin compañía para tomar un baño en aquel paraje. Cuando miré por casualidad hacia la maleza que en a que bordeaba la orilla, divisé un objeto movedizo de color rojo. En una asociación perfectamente comprensible creí descubrir la vincha de un indio.

De un salto salí del agua y estuve junto al árbol donde había dejado apoyada ni; escopeta y me la eché al hombro sin perder un instante, pero ya no encontré la causa de ni; sobresalto. Caminé pues con cautela hacia el lugar donde enseguida me cercioré de mi error. No pude contener la risa, en especial cuando pensé en la imagen grotesca que debía hacer mi arma moderna en las manos de un vicio Adán, pero como ya me sentía de Sazonado, me vestí de prisa. Empecé el regreso y experimenté un segundo susto. En un apuro estuve a punto de pisar una gran serpiente. En tales casos los reflejos hacen reaccionar rápida y correcta ni ente. Así, pues, di un gran salto a un costado y, alcancé a ver al reptil fugitivo y comprender lo infundado de ni; temor. Se trataba de una

joven boa de dos metros de longitud a lo sumo, que fue a ocultarse entre la maleza. Como me hubiera gustado tener tal trofeo, la perseguí, pero no la descubrí sino cuando estuvo casi sobre mi cabeza, trepando a un árbol por un puente de lianas. A pesar de mi certero disparo logró desaparecer entre la fronda. Ese mismo día, Turo volvió de su (acería con una cantidad de gordas gallinas silvestres, papagayos y, palomas, de manera que ya estábamos bien provistos de vituallas para la prosecución del viaje por el Monte Grande. Habíamos hecho un alto en el fortín Guarayos para dejar pastar suficientemente a nuestros animales antes de emprender la larga jornada, donde quizá no encontraríamos alimento para ellos.

Por la tarde de ese día de descanso, continuamos nuestro viaje y ya bien entrada la noche llegamos a Pozo del Tigre, el segundo alto, donde disfrutamos de un breve descanso, pues partimos de nuevo cuando reinaba aún total oscuridad para llegar a Tres Cruces, a treinta kilómetros de allí, alrededor de las once. Nos acompañaba un comerciante alemán de San Ignacio, su sirviente y el chasqui del lugar. El sensible calor del mediodía nos obligó a tomar un descanso más prolongado en Tres Cruces, de modo que nuestros acompañantes se adelantaron. Los seguimos a las dos horas, pero para gozar algo más de la poesía del claro de luna, Martín y yo nos quedamos rezagados detrás de la tropa y nos sentamos sobre un tronco a la vera del camino para charlar. A un trote apretado logramos recuperar el tiempo perdido. Cuando llegamos a Cañada Larga nos rodearon y abrumaron con un nutrido interrogatorio acerca de lo que nos había sucedido. Al principio, el tumulto, nos dejó estupefactos, pero pronto nos enteramos de la causa. El señor Löffler de San Ignacio había sido atacado por los indios y sólo por un providencial salto de su mula había escapado a una muerte segura. Mostró como pruebas sendas flechas que se habían clavado en su montura y en su abrigo. En cuanto a los indios, habían desaparecido entre la maleza al ser disparado el primer tiro, pero tal vez se hubieran quedado cerca de la luna hubiese podido tener un final bastante malo.

del camino. En consecuencia, nuestro divagar a la luz de la luna la mañana siguiente reanudamos la marcha, todos con la mano sobre el revólver cargado y sin dejar de escudriñar con atención a ambos lados del camino. Había en nosotros una comprensible puja entre el ansia de vivir una pequeña aventura y el anhelo de que la jornada transcurriera pacíficamente. En esas regiones, un flechazo en las entrañas no es precisamente algo agradable, pues al extraer las flechas provistas de ganchos se desgarran los tejidos. En lugar de este procedimiento sería preferible aplicar el método más abreviado del harakiri. Pero no sucedió nada. El bajo matorral espinoso que ya nos acompañaba el tercer día de nuestra expedición, fue creciendo gradualmente para pasar a la formación del bosque de árboles de troncos altos, anunciando así la cercanía del río. ¡Qué grande, pues, sería nuestra sorpresa cuando salimos a la orilla y en lugar de la vasta superficie de agua esperada, tuvimos ante nosotros un campo raso de cegadoras arenas blancas, cuya superficie era barrida por un furioso vendaval que envolvía los alrededores más próximos en nubes de punzante polvo arenoso! Las mulas se negaron a avanzar y, aun cuando logramos hacer caminar a la fuerza a nuestros animales de silla, las bestias de carga no dejaban de apartarse del viento hasta que tirando y empujando conseguimos sacarlas al lecho del río por grupos, atando la cola de cada una al cabestro de la siguiente. Cuando llegamos al primer brazo del río, el chasqui se quitó la ropa y vadeó el brazo, para que luego pudieran hacerlo los animales. Se repitió la misma escena al llegar al segundo brazo, con lo cual concluyó el cruce del río. En esos momentos en que imperaba la estación seca, las dos arterias fluviales juntas no tenían más de ciento cincuenta metros de ancho. Sin embargo, del lecho del río Grande de barranca a barranca medía allí, en Puerto Paila, unos 1.300 m incluidos los bañados, una zona ribereña plana, cubierta de tupida vegetación propia de pradera que sólo es alcanzada por las aguas y se anega cuando hay crecientes.

Mientras nuestros acompañantes continuaban la marcha hacia Santa Cruz, nosotros permanecemos en los bañados, dejamos pastar a sus anchas a los animales y llevamos una cómoda vida con ribetes

científicos para disimular, alternando los baños con la investigación botánica. Los enjambres de mosquitos no nos brindaron una noche muy agradable.

En la época lluviosa, el cruce del río no suele ser sencillo y se debe recurrir en la mayoría de los casos a la ayuda de los vaderos. En su carácter de habitantes permanentes de la orilla conocen los bajíos y sus cambios a la perfección y por lo tanto son muy útiles para ayudar a cruzar el ancho cauce. Pero no sólo eso. También poseen los implementos necesarios para ello, si bien bastante primitivos, ya que allí no hay botes. En su reemplazo, los pasajeros y su equipaje son transportados al otro lado del río en las llamadas pelotas, cueros de buey en forma de bolsa, fruncidos en los bordes, que son arrastrados mediante cuerdas por los vaderos que van y vienen a nado. Dado que la corriente trae a menudo muchos troncos a la deriva, el oficio no es fácil ni carente de riesgos. En su arte de nadar que más bien puede compararse a un caminar dentro del agua, los vaderos se apoyan sobre grandes tirantes flotadores, livianos como plumas de la madera esponjosa del tobo-roche (una especie de *Chorisia*) sobre los cuales se sientan a horcajadas. El movimiento de avance se logra casi exclusivamente mediante chapoteo con las manos. Por supuesto, este transporte es arrastrado por la fuerza de la corriente y a menudo desviado casi dos kilómetros aguas abajo. Cuando la pelota llega felizmente a la otra orilla es descargada, los hombres cargan sus flotadores y vuelven a pie la ribera los tres o cuatro kilómetros que los desvió la corriente, para dejarse llevar de nuevo por las aguas a la otra orilla. Cuesta imaginar el tiempo que demanda semejante cruce. Las mulas, acompañadas por algunos hombres, deben cruzar el río a nado, al igual que los bueyes de las carretas. Estas son descargadas por el único camino entre el río Paraguay y el borde de la cordillera.

Si bien los cincuenta kilómetros de camino desde el río a Santa Cruz pueden cubrirse en un solo día, optamos por hacer el viaje en dos etapas pues de lo contrario hubiésemos llegado muy tarde y nos hubiera sido difícil encontrar albergue en ese lugar desconocido. En consecuencia, al día siguiente sólo salimos del bosque galería de la ribera

para entrar en la sabana y aceptamos con agrado la hospitalidad acogida que nos brindaron en la finca “El Bi”, Allí, la región ribereña volvía a estar relativamente habitada, en agradable contraste con las planicies de Chiquitos recorridas hasta entonces, donde no se veía un alma. Allí conocimos por primera vez el invierno del este boliviano. El inclemente y violento viento del sud nos sacudía de tal modo en nuestras hamacas, que muy pronto desistimos de nuestra idea de dormir. Poco después de medianoche nos pusimos en marcha y confiados en el instinto de los animales, seguimos las huellas apenas reconocibles de las ruedas, rumbo a la pampa. Como debíamos atravesar aún una que otra formación boscosa, la oscuridad del cielo encapotado nos causó cierta inquietud. Por fin, al clarear el nuevo día nos encontramos de nuevo en la pampa arenosa de suaves ondulaciones. A lo lejos, hacia el noroeste, se veía el resplandor de un incendio en la estepa, y el helado viento del sud que soplaba sobre la extensión yerma, amarillo-grisácea, nos hacía estremecer hasta los huesos. Continuamos nuestro avance, con la vista siempre hacia el oeste. ¿Cuándo veríamos la cordillera? De repente, tras una suave ondulación del suelo, divisamos el cerco azul de una lejana cadena de montañas, emergiendo de entre las nubes, y poco después aparecieron también las torres de Santa Cruz, destacándose luminosas a la pálida luz del sol mañanero, entre el verde alegre de sus jardines y palmares. Nuestra malhumorada somnolencia cedió lugar a una jovial disposición de ánimo y cuando el sol salió radiante, derramando sobre el paisaje su abundancia de vivos colores, entramos a Santa Cruz al trote con altivo porte, que armonizaba poco con nuestro desaliñado aspecto exterior. A pesar de todas las dificultades que al novato se le antojaban dos veces más graves, alcanzamos nuestra meta y ello nos llenó de gozosa satisfacción.